

EN TORNO DE LA INTEGRIDAD CIENTÍFICA

Reflexiones sobre el Cuarto Congreso Mundial de Integridad en la Investigación, Río de Janeiro, Mayo 31 - Junio 3, 2015

El término “integridad” alude a dos nociones. Por una parte, completitud, cuando se emplea para decir que algo está íntegro en el sentido de completo y acabado. En un sentido más abstracto, integridad se relaciona con pureza, con honestidad, con moralidad intachable. Se dice de una persona que es íntegra cuando su comportamiento recibe alabanza y aprecio por su rectitud y su transparencia de intenciones.

Desde hace ya muchos años se comprueba que el sistema social de la ciencia, como otros, presenta algunas deficiencias que afectan su credibilidad. Trabajos mal realizados, plagio, falsificación de datos, manipulación de informaciones, conclusiones no permitidas por lo que se sabe, entre otras manifestaciones de conducta reprochable, producen inquietud. A ello debe sumarse el que una proporción de lo que llamamos investigación científica puede ser derroche: repetición innecesaria de estudios con riesgo para animales, personas y medio ambiente; experimentos mal diseñados o no controlados debidamente; prácticas abusivas en los grupos de trabajo.

El concepto de investigación es amplio y polisémico. Supone renovación de prácticas y conceptos. Implica reproducción del sistema social que hace posible la ciencia e involucra procesos tales como la invención conceptual, la innovación en prácticas sociales y la transformación personal y social. Una saga heroica acompaña a la idea de progreso científico y los intereses comerciales o militares, grandes impulsores de la innovación, desmienten la idea del desinterés que se suele asociar con los logros intelectuales que presumiblemente acompañan al progreso. Muchas disciplinas se sostienen en sus demandas sociales por el poder que proporcionan a la humanidad en el control de la naturaleza y en la predicción de acaeceres. El cosmos, como opuesto al caos, es fruto, finalidad y producto de la ciencia.

Esta “frontera sin fin”, como alguna vez se calificó al quehacer científico, ha justificado numerosos abusos y la historia los ha documentado con latitud. Se han diseñado regulaciones e instrumentos para ordenar lo que es permisible en aras del conocimiento y para salvaguardar el bien común. Como un sistema social complejo, incluye personas, relaciones e intereses. Es posible que no todos sean evidentes de suyo y que la complejidad de las comunicaciones digitales descubra nuevas fuentes de perplejidad y preocupación. Por de pronto, ya la experimentación o el estudio observacional en sujetos humanos plantea dificultades de magnitud. Si a ello se agrega el factor de credibilidad en los frutos y resultados de la investigación científica el panorama se torna complejo. Debe tenerse en cuenta, por ejemplo, que hay obligaciones morales sobre la compartición del progreso y el acceso a sus beneficios para amplios grupos humanos.

En relación con la calidad de la ciencia y sus productos, nunca será suficiente el esfuerzo destinado a definirla y valorarla. El sistema social de la ciencia se autorregula en parte, pero justamente en sus dimensiones no técnicas ha demostrado ser poco confiable. No de otra manera debe considerarse la irrupción de regulaciones y normas que sujetan el comportamiento de los investigadores y financiadores a un cierto estatuto moral, dictado en parte por las necesidades obvias de credibilidad y rentabilidad, pero también por intereses superiores de la convivencia. Específicamente humanos, y no necesariamente vinculados a una “ética parcial” o “ética específica”.

El deseo de lograr buenos fines depende por supuesto de definir qué es lo bueno y qué prácticas son apropiadas para lograrlo. Desde hace algún tiempo, la idea de integridad científica ha llevado a grupos de personas a realizar simposios y reuniones en que se examina asuntos tales como la “evaluación por

pares” para aceptar trabajos publicables, los límites de la transparencia en cuanto a intereses en conflicto, la prevención o evitación del plagio y del engaño, entre muchas otras áreas de interés.

El Cuarto Congreso Mundial de esta temática, desarrollado en Río, tuvo como tema central el gran problema de las recompensas e incentivos. Son el fundamento de las motivaciones. La vieja idea de “*publish or perish*” (publicar o perecer) sigue imperando en el ambiente académico, y las publicaciones, las citaciones y los recursos obtenidos son esenciales para la promoción y el éxito en la mayoría de las tradiciones occidentales. Las prácticas conexas han sido imitadas en culturas que ven la alfabetización científica bajo el prisma de otras supuestamente mejores o más avanzadas y tomando como modelo algunas disciplinas que se considera modélicas. Así, las ciencias “duras” han logrado imponer sus esquemas de decisión y publicación, incluso en comunidades que ni siquiera entienden por qué ha de premiarse ciertos valores y despreciarse otros. La presión por “hacer investigación” obliga a los estudiantes y jóvenes a malgastar recursos que se emplean en ensayos e iniciaciones que a veces nunca llegan a publicarse o tan siquiera a citarse.

Es de esperar que en sucesivas versiones de este encuentro la presencia latinoamericana se amplíe. Curiosamente, siempre se escucha de problemas éticos en publicaciones de frontera y aun de retractaciones de trabajos publicados en revistas de gran prestigio. Es sorprendente que no sea un tema relevante en las comunidades latinoamericanas y que sean raros los casos de retractación, si es que los hay. Además, hay problemas con el sistema de revisión por pares y otras materias que exigen una profunda mirada inter y transcultural. Lo que en algunos lugares se considera grave transgresión, en otros ni siquiera se toma en cuenta. Es deseable que estos temas adquieran vigencia y relevancia en las discusiones de los grupos académicos y de investigación.

Debe agradecerse a Sonia Vasconcelos y Martha Sorensen la excelente organización de una importante conferencia. Gracias a un comité local eficiente, las ponencias fueron ampliamente debatidas y plantean derroteros de sumo interés para la ética de la investigación en todos los campos del saber. Esperamos acoger en el futuro algunas de estas inquietudes en las páginas de *Acta Bioethica*.

Fernando Lolas Stepke